

El más-uno y el analista: dos funciones a diferenciar

Paula Gil

Dos posiciones afines: la del más-uno y la del analista. Tan afines que su línea divisoria es difícil de establecer. La función del más-uno y la del analista comparten tantas similitudes que podría generar alguna confusión poco conveniente. A medida que investigo sobre la función propia del más-uno, las diferencias con la posición del analista, se vuelven menos obvias. Parto de la idea de que es engañoso hacerse preguntas que coagulen en una identidad y puede ser tan imposible responder qué es un más-uno como lo es responder qué es un analista. Sin embargo, hago el intento de establecer algunas diferencias que me orienten en lo específico de ambas funciones.

Hay un primer espejismo difícil para el más-uno. Generalmente es elegido por que se le supone un saber, pero dejarse seducir por esa suposición, implicaría alivianar a los cartelizantes del enredo de cada uno con el saber. Uno de los aspectos que Lacan puso de relieve en el “Acto de Fundación”[1], respecto de un cartel, es el trabajo. Se entra en un cartel con el deseo de trabajar, pero la división subjetiva que implica ese trabajo puede empujar a que esa dificultad sea obturada por el más-uno. Tanto para el más-uno como para el analista, ese lugar de saber es solo supuesto; ambos saben que es un semblante que es conveniente dirigir a su justo lugar: el inconsciente en el análisis y el trabajo epistémico en el cartel. Analista y más-uno se enfrentan con diferentes modalidades de lo real pero el primero lo conduce a la soledad del síntoma y del goce de cada quien, mientras que el segundo lo conduce al trabajo y al lazo con el cartel. Crucial diferencia: la destitución subjetiva producto de un análisis tiene, en un principio, efectos de segregación, mientras que en un cartel la soledad del rasgo puede ser tratada en lo colectivo. “[...] el cartel, en tanto que grupo tiene una vertiente de incompatibilidad con el discurso psicoanalítico, verificado en el hecho de que el discurso psicoanalítico implica un lazo social fuera de grupo”[2].

El cartel no se analiza y el más-uno no encarna allí la posición del analista, por eso las interpretaciones no son lo que de él se espera. Sí es conveniente que tenga una relación con su propio análisis para poder sostener mejor un lugar discreto y causar así al trabajo. Por supuesto que un cartel puede tener un efecto interpretativo para alguien, pero será por contingencia. No se entra en un cartel para ser interpretado. En todo caso, el cartel podría ser una interpretación de la Escuela al descompletarla.

No hay que confundir la posición del más-uno que toma a su cargo la división, con la posición del analista que producirá la división en el analizante. Por eso J.-A. Miller no asimila al cartel con el discurso analítico, sino con el discurso de la histeria. El más-uno puesto en el lugar de la S/, implica ser el agente que aloja esa división para producir los S1 (rasgos) que decanten en un saber. Es por esto que el más-uno es el agente provocador. Para que eso circule, el objeto debe estar velado. Se entiende entonces que el más-uno provoca desde el lugar de S/ mientras que el analista lo hace desde su posición semblante de objeto. Los resultados son bien diversos. Miller hace una advertencia clara al respecto: “[...] sepamos lo que producirá la llamada hecha al más-uno en tanto que analista, incluso escogido por esta razón, vamos a ver lo que resulta”[3].

La división subjetiva en un cartel aparece por las características propias del dispositivo, sin que nadie (y mucho menos el más-uno) corra a obturarlo. No hago con esto la propuesta de un más-uno silente, ni necesariamente el semblante de barradura, el más-uno puede intervenir desde cierto lugar de saber epistémico si cree poder esclarecer ciertos puntos. Incluso es esa una de las diferencias con el analista: ¿imaginan uds. a un analista interviniendo epistémicamente sobre los puntos álgidos de un síntoma? Entiendo que es esta una de las complejidades de su función: no encarnar el saber pero tampoco rechazarlo defensiva e

ingenuamente pensando que así se está a salvo de cierto lugar inconveniente. No atiborrar con el saber, que su intervención no silencie la del resto de los cartelizantes es quizá lo más esperable. Aquí sí, tal como en un análisis, nos dejamos orientar por los efectos para medir los alcances de la función. Pero si el dispositivo funciona como entiendo yo que Lacan lo pensó, el más-uno también será alcanzado por la división de su propio horror al saber. Si él está en el buen lugar, si no se hace “el tarugo”[4] entonces él también se habrá hecho una pregunta sobre la que no tiene respuesta y por la cual trabajará. No está ahí para hablar de lo que sabe, sino para comprometerse con su deseo de saber e interrogarse por sus puntos de ignorancia. Incluso sería propicio que su recorrido decantara en un producto. La función diferenciada del más-uno no lo excluye de ser uno más. Hacerse el distraído, el tarugo, respecto de su propia posición de trabajador dentro del cartel, son modos defensivos contra lo que no se deja atrapar. Veo muy saludable que el más-uno pueda compartir con los otros cartelizantes sus avances, dudas y retrocesos dentro de su trabajo. Que el más-uno sea soporte de la división de los cartelizantes, no lo deja inmunizado frente a su propia división. Empujo un poco más la idea: es esperable que el más-uno sea alcanzado él también por esa división. No esperamos esto del analista.

Lacan fue claro respecto a qué Escuela quería fundar y por eso pone al cartel en el corazón mismo del ingreso a la misma, como así también de la formación y transmisión. No olvidemos que Lacan pensaba que el cartel era una manera de hacer compatible institución y destitución subjetiva. La destitución subjetiva es el reverso de la institución, y por eso la Escuela de Lacan, se trata de una escuela de cartelizantes, tal como lo enunció preciosamente Marina Recalde en una Jornada de Carteles[5]. La lógica colectiva del cartel está pensada para ir en contra de la institución del yo y del ego, pero sin dejar a los sujetos desamarrados. La posición paradójica del más-uno dará cohesión y consistencia a un grupo que se descompleta cada vez, y producirá destellos de saber si y solo si no lo encarna.

Notas:

[1] Lacan, J. (1964) “Acto de Fundación”, *Otros escritos*. Bs. As., Paidós, 2012, pp. 247-261.

[2] Trobas, G. (2021) “Del grupo al cartel. Del líder al más-uno”, *Revista de Carteles, La 4+1*, nueva serie, n. 1, en: <https://www.cuatromasunoeol.com/edicion/001.logica-colectiva>

[3] Miller, J.-A. (1986) “Cinco variaciones sobre el tema de la «elaboración provocada»”, *Revista virtual de Carteles, La 4+1*. Bs. As., EOL, en: <https://cuatromasunoeol.com/sv/referencias.cinco-variaciones-sobre-el-tema>

[4] Ibid.

[5] Recalde, M. (2023) “El cartel, aún”, *Revista de Carteles, La 4+1*, nueva serie, n. 3, en: <https://www.cuatromasunoeol.com/edicion/003.textos-de-orientacion.marina-recalde>